

La cultura de la cancelación y la infocracia  
Cristian Parra  
Universidad Nacional de Colombia

A lo largo de la historia ha sido importante para el avance de la humanidad el ejercicio participativo y la inclusión social, por lo que como individuos tenemos mecanismos conscientes e inconscientes para ratificar y confiar en nuestra inclusión en la misma, no perder de vista la importancia de las relaciones y las consideraciones de dicha sociedad contextual y tener presente la aprobación y desaprobación de nuestros pares en especie. Sin embargo, existen fenómenos que pueden dar a entender la existencia de un afán por lo contrario: un aislamiento y una aversión explícita por aquellos que comparten o no el espacio que habitamos.

En la sociedad moderna no es difícil tropezar con el concepto de *cancelación*: Una suerte de desidia y desprecio mancomunado en contra de una persona, grupo o incluso, una idea. Este es uno de esos fenómenos superficialmente antisociales que contradicen lo que pudiésemos pensar de nuestras necesidades de inclusión social. En este ensayo se hace un análisis de este fenómeno haciendo uso, principalmente, de los conceptos de *La infocracia* (2021) de Byung-Chul Han.

El fácil acceso a la información es una de las grandes ventajas que exponen los que hablan de los progresos de la humanidad, aquellos que hablan de una tercera revolución industrial que ha dado pasos agigantados gracias a los aportes de la informática, la computación, el internet y la domótica. Sin embargo, estos “avances” siempre han respondido a los intereses de las potencias mundiales que ejercitan el ejercicio del consumo que, paralelo a lo que se considera “innovación científica”, siempre ha sido juiciosa en estudiar los fenómenos de consumo para pensar en “innovación de consumo”.

Respecto a esto, Han explica la relevancia que ha tenido para el capitalismo y, por ende, para las grandes entidades y figuras mundiales, el saber manipular los mercados (los individuos) desde la información. Habla, pues, de un *régimen de la información* en el que no hace falta una figura autoritaria que force sus ideologías, sino que existen muchas figuras aparentemente independientes que promulgan el consumo e incitan a actuar de una u otra manera, claramente, a favor de máquinas más grandes que se ven realmente beneficiadas.

Y usando esta contraposición binaria es que este régimen moderno ha ganado, disimuladamente, más y más adeptos incautos. Esto es, estableciendo a los líderes autoritarios de los regímenes disciplinarios de otros tiempos como el antónimo de los líderes actuales, que presentan una libertad de acción, una autenticidad y una opción para la creatividad, la gente identifica la polarización y se acoge de brazos abiertos al último de los regímenes.

Hasta ahora tenemos, entonces, tres atributos del régimen moderno: La facilidad de acceso a la información, la promoción del consumo y la ilusión de libertad, autenticidad y creatividad que experimenta el individuo. Pero, ¿cómo se manifiesta esto en el fenómeno de la cultura de la cancelación?. A continuación, se explicará esta relación:

A razón de la masificación mediática ha habido un detrimento en la calidad del discurso político y social, según Habermas. Si pensamos que este planteamiento se hizo pensando en los efectos de la prensa análoga podríamos sospechar la angustia de Habermas en nuestros días actuales, pues el crecimiento exponencial de información mediática es incomparable a lo que existía hace sólo unas décadas y, efectivamente, la calidad del discurso es, estadísticamente, irrisoria. Si elegimos un tweet, una publicación o incluso una noticia cotidiana de los canales nacionales podemos atestiguar este hecho.

Y es basada en esta información rauda e inicialmente leve, inocua, que cualquier persona incauta se sustenta para “crear” opiniones respecto a otras cosas, ideas o personas. La falta de rigor para publicar todo lo que se ve y escucha en el mundo digital es evidente y, asimismo, la falta de conciencia para tomar partido y criterio respecto a las situaciones que el opinador considere.

Estar en desacuerdo fervientemente, además, es un símbolo de la falsa autenticidad y libertad de las que habla Han en su obra. Contemplando las ideas sobre los actos de habla de Searle (1990) y, también, a los estamentos de Han respecto al *fin de la acción comunicativa*, es posible evidenciar que mucho de lo que se dice públicamente (claramente, se hace más evidente en las redes sociales) tiene una intención de efecto, de emoción y de acción más allá de una acción honesta de comunicar. Cuando un *opinador* muestra su animadversión respecto a *lo opinado* lo hace más con la intención de ser visto, de ratificar su existencia y apoyar su narcisificación que de establecer un debate o esperar a que se califique su opinión. Lo hace

por demostrar que puede hacerlo, que es creativo y que por hacer uso de la libertad y la voz que el régimen de la información le ha otorgado.

Tener el micrófono y sentirse el protagonista de la obra de teatro que es cada vida es la trampa que la infocracia ha plantado para todos. En este escenario, donde los individuos son un peón más del infoentretenimiento, es la voz de la verdad y la democracia la que se ha visto más comprometida. El juicio humano está, pues, en evidente declive cuando se normalizan estos fenómenos.

Ocurre, entonces, que en el afán de parecer autónomos e independientes al dar opiniones propias, los hombres-masa (en términos del autor) sólo resultan acogidos a la voz colectiva, sin detenerse a evaluar criterios o a preguntarse de la veracidad de sus propias emociones. Se le ha dicho al individuo que tiene la libertad de opinar y sentirse como quiera y, paradójicamente, se le entrega una lista de cosas que odiar y rechazar. No hay una racionalidad comunicativa, sino que se entrega completamente a la **racionalidad digital**. Y una consecuencia de esto, como lo dice el autor, es el distanciamiento social pues: “La creciente atomización y narcisificación de la sociedad nos hace sordos a la voz del otro. También conduce a la pérdida de la empatía”

Cancelar, además de ser un falso símbolo de autodeterminación, de compromiso y criterio, es además de fácil, hostil, aunque resulte paradójico que odiar, en este caso, “junte”. Un acto de habla de anticortesía y, bien posiblemente, de intención antisocial, es un síntoma de la necesidad de pertenecer a un grupo de la que se habló al inicio de este ensayo.

Después de hacer esta revisión resulta relevante hacer una invitación a la revisión propia. Atendiendo a la **crisis de la verdad** que es consecuencia del nihilismo moderno, saturado de información y rebajado en criterios como individuo, lo importante es, entonces, identificar las bases para poder crear un criterio acertado sobre la utilidad de la información y el proceder activo respecto a *lo opinado*. Sobre la información: hay que reconocer que no es suficiente calificar una opinión moralmente sin detallarla, menos ahora que el acceso a la información es rápido y masivo y por esto, descartable, superficial.

Es necesario buscar en los detalles, no quedarse en lo nimio o superficial, mirar más allá. También será útil juzgarnos constantemente como Ospina citando a T.S Elliot (2011):

¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir?

¿Dónde la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?

¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en información?

## **Referencias**

Han, Byung-Chul. 2022. Infocracia: la digitalización y la crisis de la democracia.

Ospina, William, citando a T.S. Elliot en 'Los románticos y el futuro', *Es tarde para el hombre*, Cuarta edición, 2011, pp. 17

Searle, John. 1990. Actos de Habla. Ensayo de Filosofía del Lenguaje